

POR QUE CREO, COMO CIUDADANO DE UNA
DEMOCRACIA, EN LA OBRA DE LA
ASOCIACION PUERTORRIQUEÑA
PRO BIENESTAR DE LA
FAMILIA

EL IMPARCIAL
Sábado, 9 de noviembre de 1957. Teléfono 2-2340

Las Pequeñas

Entrevistas

Por JOHN I. ORTIZ, JR.

Sitio:—AREA METROPOLITANA
NUEVA YORK

PREGUNTA:—
¿CUAL ES SU MAS GRATO
RECUERDO DE PUERTO RICO?

INOCENCIO GONZALEZ (Emplea-

do de Factoria.
300 Ave. West
End, Manhattan.
de Coamo) —Pa-

ra mí no es el
recuerdo más gra-
to, sino el más in-

grato de mi vida
Fué cuando for-

zudo por la nece-
sidad de trabajar

tuve que abandonar
mi tierra y mi familia para

trasladarme a esta ciudad. Tengo
nueve hijos en Puerto Rico, y los

añoño mucho.



J. JANER MENDÍA
BIBLIOGRAFÍA

Programa Graduado de Demografía

UPR
Ciencias Médicas

JOSE L. JANER

NOTA ACLARATORIA

El siguiente trabajo fue originalmente escrito hace ya unos once años. Por lo tanto, las cifras que en él se citan podrían ponerse al día, pero no cambiarían un ápice la idea central del mismo que sigue teniendo hoy la misma vigencia que entonces, o que hubiera tenido hace un siglo. Y es que únicamente los principios e ideas cuya propagación impulsan la verdad y su nobleza, amplían el campo de las libertades humanas, y pueden remontar vuelo confiadamente hacia los confines de lo inmutable.

Lo que ha cambiado radicalmente en los últimos de estos once años ha sido la actitud de la gran mayoría de todas aquellas personas e instituciones, política o económicamente influyentes, que tanto y tan despiadadamente combatieran y obstaculizaran en aquella época, desde las ventajosas y privilegiadas trincheras de su indiscutible poderío, la HUMANITARIA Y CRISTIANA (así, con mayúsculas) labor de la Asociación Puertorriqueña Pro Bienestar de la Familia, único "pañito de lágrimas" de cuanto desheredado de la fortuna se veía agobiado por algún problema de presión demográfica familiar y presionado por la indiferencia de su gobierno ante su clamor*, tenía que buscar desesperadamente a la caritativa persona o agencia particular que lo ayudara a orientarse y le proporcionara los medios para humanizar su procreación manteniéndola dentro de los límites de la prudencia y la responsabilidad.

Buscando las causas explicativas de esta benéfica, aunque bastante tardía transformación, se perfila inmediata y dolorosamente como la más probable, una maravillosa y hasta ahora exitosa obra de trasplante ideológico llevada a cabo con singular maestría por las "manos de oro" del Cirujano General de Estados Unidos con la ayuda de un magnífico y bien adiestrado equipo ayudante de ricas e influyentes agencias federales, como AID, etc. puestas a su disposición para asegurar mejor el éxito de tan difícil y delicada operación.

Es nuestro humilde deseo que el espectacular restablecimiento que hasta el presente han mostrado tan distinguidos pacientes de tan difícil y delicada operación no se vea de pronto malogrado, como ya ha sucedido en el pasado, como consecuencia de reacciones inmunológicas de rechazo de cuerpos extraños que impidan en ellos el prendimiento orgánico definitivo de su nueva y noble actitud que tanto beneficiaría no tan solo a Puerto Rico, sino a la humanidad entera.

Roguemos todos, pues, por el más completo éxito de la operación y el más total restablecimiento de los reconstruidos pacientes sometidos a ella.

20 de marzo de 1968

Jose L. Janer

* No podemos callar aquí, la amarga realidad de que muchos de sus más poderosos detractores no vacilaron nunca, durante ese difícil período de su historia, en referir a la Asociación Puertorriqueña Pro Bienestar de la Familia, para recibir de ella sus servicios anticonceptivos, a algunos de sus más fieles pero insolventes amigos o servidores.

POR QUE CREO, COMO CIUDADANO DE UNA DEMOCRACIA, EN LA OBRA DE
LA ASOCIACION PUERTORRIQUEÑA PRO BIENESTAR DE LA FAMILIA

* * *

La isla de Puerto Rico, con sus escasos recursos naturales y su pequeña extensión territorial de aproximadamente 3,400 millas cuadradas, ha constituido por muchos años un foco de interés para sociólogos, economistas y demógrafos de todas partes del mundo por la concomitancia de esas condiciones con una alta densidad y un rápido ritmo de crecimiento poblacional.

Aunque diversos factores tienen que haber contribuido en diversas épocas de su historia a la rapidez de ese aumento poblacional, que por tantos años ha constituido una de las características más notables de la Isla, resulta evidente a través de toda esa evolución demográfica el efecto persistente de una alta fecundidad de sus habitantes que parece resistirse a disminuir sustancialmente con el fluir del tiempo.

Los recientes esfuerzos de la Isla por romper la tendencia a mantenerse al margen del progreso producto del notable desarrollo habido en muchos campos del conocimiento humano, han estimulado la adopción de medidas que en término de pocos años han logrado reflejarse en una reducción espectacular de los riesgos de mortalidad de su población a niveles característicos de países altamente desarrollados. Como resultado, la expectativa de vida al nacer, que no es otra cosa que un promedio de vida, ha aumentado recientemente en Puerto Rico a 68 años, o sea una cifra tan solo 2 ó 3 años menor que la correspondiente a Estados Unidos y otros países considerados desde hace tiempo como muy desarrollados. Apenas 15 ó 20 años atrás esa diferencia era desfavorable a Puerto Rico en más de 20 años.

Indudablemente, que un logro de esta magnitud, aún reconociendo la contribución tan efectiva aportada por el descubrimiento y uso de ciertos agentes químicos y de los antibióticos, solamente pudo haberse alcanzado progresando en múltiples direcciones. Eso es precisamente lo que ha sucedido en Puerto Rico durante el transcurso de los últimos años. El índice más elocuente de la transformación habida quizás lo constituya el cambio operado en su economía, de una agraria atrasada a una industrial moderna. El crédito por esta transformación corresponde en una gran medida a un gobierno honrado y con suficiente visión y dinamismo, que desde el primer momento en que escaló el poder por mandato popular expresado a través de las urnas electorales se dedicó afanosamente a dar cumplimiento a los programas de mejoramiento social y económico prometidos. No hay duda, sin embargo, de que diversos factores han contribuido a ayudar a ese Gobierno en su tarea. Entre estos factores, los más importantes sin duda alguna han derivado de los vínculos económicos y políticos de Puerto Rico con los Estados Unidos de Norteamérica y de la actitud comprensiva con respecto a los problemas de la Isla y sus posibles soluciones, asumida por los líderes y el Congreso de esa nación a partir de la administración de Franklin D. Roosevelt, actitud ésta indudablemente fortalecida por las exigencias de la precaria situación que desde entonces ha prevalecido en el plano de las relaciones políticas internacionales.

Puerto Rico cuenta actualmente con 650 habitantes por milla cuadrada de territorio, una de las más altas densidades del mundo entero, en contraste con los poco más de 50 que por igual unidad de superficie terrestre tienen los Estados de Norteamérica, con los vastos recursos naturales a su disposición dentro de sus límites territoriales y su reconocido acaparamiento de la materia prima no renovable producida por el resto del mundo. Por la enorme reducción habida en su mortalidad y la persistencia de una relativa estabilidad en su alta natalidad, Puerto Rico fácilmente podría aumentar anualmente el tamaño de su población en alrededor de 70,000 habitantes. Esto representaría un ritmo de crecimiento anual de alrededor de un 3% o sea, tan rápido que implicaría la capacidad biológica de duplicar su población y por lo tanto su densidad, aproximadamente cada 23 años.

Véase a estos efectos los siguientes trabajos:

1. Sawyer, Hon. Charles (Secretario de Comercio de Estados Unidos durante la administración del Presidente Truman)--Dollar Shortage and Our Need of World Trade, en la revista Think, Vol. XIV, Núm 11, de noviembre de 1948. Págs. 3-4
2. Discurso sobre "El Sistema Económico de Estados Unidos y la Población Mundial" pronunciado por el malogrado Presidente John F. Kennedy, cuando siendo senador por Massachusetts se dirigiera a la matrícula del Club de Economía de Chicago--Maury, Marian, Ed.--Birth Rate and Birth Right- Mac Fadden Books. New York, 1963. Págs 77-80
- 3 .De Lestapis, S.J. , Rev. Padre Stanislas (Representante del Vaticano en la Conferencia Mundial Sobre Población celebrado en Roma bajo los auspicios de las Naciones Unidas en 1954)--Proceedings of the World Population Conference, 1954. Vol VI, Meeting No. 28, pág. 786.

Dentro de estas condiciones, para elevar los niveles de vida de sus habitantes, que todavía debemos catalogar como extremadamente bajos en su gran mayoría, a pesar del vertiginoso progreso de estos últimos años, Puerto Rico tendría que proveer no solamente mejores condiciones de trabajo a su actual fuerza obrera sino que también, para satisfacer las necesidades del resultante aumento de ésta, tendría que crear adecuados empleos, adicionales a los ya existentes, a razón de más de 20,000 anualmente.

Afortunadamente esta difícil situación no se ha materializado y solo amenaza en forma potencial debido a que por ser los puertorriqueños ciudadanos de los Estados Unidos de Norteamérica y haber aumentado considerablemente las oportunidades de trabajo, en esa nación, así como las facilidades de transportación entre ella y la Isla después de la segunda guerra mundial, nuestros trabajadores se han estado vaciando en el territorio continental aprovechando las oportunidades de un mejoramiento económico que la presión demográfica le impide a la Isla ofrecer.

Más bien que alegrarnos por el auge registrado en la emigración de nuestros habitantes en los últimos años y pretender que se convierta en una característica permanente de nuestro pueblo, debemos sentir preocupación por el hecho de que nuestros recursos no alcancen a satisfacer las necesidades básicas de nuestro pueblo, y nuestra gente, obligada por esta razón cada día más, tenga que sufrir el trauma emocional que necesariamente representa para la gran mayoría de los seres humanos el tener que desarraigarse y alejarse de su tierra, de sus familiares y de sus amigos, forzados por circunstancias que en vano nos empeñaremos en racionalizar atribuyéndolas al ejercicio de su "libre y espontánea voluntad".

Por eso resulta cruel el entusiasmo con que algunos funcionarios y observadores han visto el alivio que para la economía puertorriqueña ha significado este éxodo de habitantes al hacer posible una mayor concentración de esfuerzos en elevar los niveles de vida de una población relativamente estacionaria, convencidos de que en esta desesperada fuga, eufemísticamente llamada emigración voluntaria y siempre ajena, está la panacea a todos nuestros problemas sociales y económicos y por lo tanto, la solución permanente y definitiva al problema planteado por nuestra demografía. Como si semejante trasplante de seres humanos en nada se diferenciase de un trasplante de árboles o de ganado!

Este optimismo ha sido reforzado en ellos por la reducción que se ha observado recientemente en la tasa global de natalidad de los puertorriqueños residentes en la Isla. De su acostumbrado nivel de alrededor de 40 nacimientos anuales por cada 1,000 habitantes, la tasa de natalidad ha bajado gradualmente en los últimos 5 años a su presente nivel de alrededor de 34 por cada 1,000 habitantes.* Sin embargo, un análisis más detenido del verdadero significado de esta reducción nos indica que la misma puede ser fácilmente explicada como el resultado conjunto del éxodo de personas en las edades reproductivas y del desbalance producido entre los sexos en los grupos reproductivos que no emigran, debido a que en las diferentes edades no emigra una misma proporción de varones y hembras. De manera, que sin descartar la posibilidad de que ello esté ya realmente ocurriendo, la reducción que hemos comentado no puede considerarse aún como indicativa de cambios favorables en los patrones reproductivos de nuestro pueblo. En otras palabras, existe aún la posibilidad de que los altos niveles tradicionales de reproducción de nuestra población queden restablecidos nuevamente de cesar esta emigración, cosa que podría

* - 30 nacimientos por cada 1,000 habitantes en 1964 y 28 en 1966.

sucedir en cualquier momento en que las condiciones económicas o de oportunidades de empleo en Estados Unidos llegasen a un punto de saturación que cerrase las oportunidades de trabajo a la fuerza obrera adicional representada por los migrantes puertorriqueños.

Si pensáramos humana y cristianamente en los problemas poblacionales que actualmente agobian a muchas de nuestras sociedades contemporáneas, rápidamente nos percataríamos de que ellos son en gran parte una suma de los problemas poblacionales más pequeños y localizados que están afectando individualmente a las familias que las componen y reconoceríamos de inmediato la necesidad y más aún la obligación de todo gobierno que se precie de bueno de atender a estos problemas de desbalance entre recursos y población no tan solo al nivel nacional sino al nivel de la familia.

Frecuentemente aparecen publicados enfoques sobre problemas poblacionales hechos por demógrafos y sociólogos prominentes en los que predomina una pasión por lo global o colectivo que inadvertidamente conduce al manejo de las poblaciones humanas como si se tratara de conglomerados de seres inanimados o animales inferiores, negándole con ello tanto a la familia como al individuo el respeto, el valor y la dignidad que precisamente tan solo se les reconoce en la especie humana y que tanto han tratado siempre de exaltar como filosofías funcionales básicas de nuestro pueblo el cristianismo y la democracia. Esto indudablemente ha contribuido a menudo a introducir confusión en la búsqueda de soluciones humanamente lógicas a esos graves problemas.

Debemos siempre recordar que la familia es la unidad estructural básica en la formación de toda sociedad humana y el individuo la unidad básica en la formación de la familia. El valor y la dignidad que cada individuo merece dentro del seno familiar y cada familia dentro del seno social nunca debendejarse diluir hasta el extremo de que pierdan su sentido como consecuencia de su dislocada proyección a colectividades mayores de nivel regional, nacional, o internacional.

Aún dentro de las condiciones económico-sociales nacionales más afluentes y favorables que podamos concebir encontraremos siempre familias que, no importa representen una exigua minoría, están siendo agobiadas por una presión demográfica hogareña que merece atención individual y necesariamente tiende a desvalorar el prestigio y la dignidad de todos sus miembros. Cualquier gobierno sensato tiene que reconocer su responsabilidad de ayudarlas a resolver esos problemas del hogar; si no por razones de pura decencia cristiana, sencillamente como reconocimiento de cuán dependiente es en última instancia el bienestar general de toda la comunidad o sociedad del grado de bienestar alcanzado por todas y cada una de las familias que la integran, ya que , al fin y a la postre, si el problema de una familia se deja multiplicar hasta convertirse en el de muchas familias, eventualmente se convierte a su vez en el problema de la comunidad en general.

En Puerto Rico todas las encuestas realizadas durante los últimos años han demostrado consistentemente que abundan en el país los hogares agobiados por una seria presión demográfica y que nuestro pueblo más humilde y económicamente menos privilegiado está deseoso de poder evitar o controlar esa sobrepoblación hogareña consciente de la importancia o necesidad de ello

para poder atender mejor a las crecientes responsabilidades que nuestra sociedad moderna exige de los padres para que sus hijos puedan llegar a convertirse en ciudadanos útiles y felices en una comunidad cada vez más compleja, más urbanizada y menos agrícola, que cada día encarece más la vida y demanda de sus miembros mayores destrezas técnicas e intelectuales para poder contribuir a mantenerla marchando al ritmo del progreso que el desarrollo científico, económico, social y político perseguido necesariamente le imponen. Esta preparación no la obtienen los hijos por obra de magia o por milagrosa acción divina. Cuesta dinero contante y sonante, y bien tangibles sacrificios a los padres. Ese es el precio, cada vez creciente, que la procreación verdaderamente responsable que todos debemos siempre alentar, exige en las sociedades modernas. Es este sentido de responsabilidad el que frecuentemente hace que en cualquier hogar no importa su solvencia económica pueda resultar indeseable en un momento determinado agregar un hijo, por no existir en él las facilidades, los recursos, o las condiciones que se requieren para atenderlo y desarrollarlo debidamente para convertirlo en un ciudadano que contribuya positivamente al desarrollo y bienestar de su comunidad y haga honor a su condición humana. No debemos, sin embargo, confundir en este punto la actitud que emana de una paternidad claramente responsable, dispuesta a los mayores sacrificios por el bienestar de los seres que pueda engendrar, con la actitud egoísta que en otras ocasiones prevalece. Ejemplo de esto último es el de aquellas personas de holgada posición económica, que pudiendo atender adecuadamente a un número considerable de hijos, eluden la responsabilidad de tenerlos para mejor disfrutar de superfluidades

y lujos completamente ajenos al más sano concepto de bienestar y buena conducta social e incompatibles con toda filosofía de raíces verdaderamente cristianas que en vano tratan de aparentar que rige sus vidas mediante ostentaciones de religiosidad completamente huecas y por lo general limitadas a una puntual, y siempre aparatosa asistencia a los servicios religiosos de sus respectivas iglesias y a alguna que otra bien pregonada ofrenda o dádiva cuidadosamente contenida dentro de los más prudentes límites para sin menoscabo alguno a su afluencia económica, y a veces hasta con beneficio para ella, tranquilizar un poco su conciencia haciendo galas de una falsa generosidad.

Sin embargo, como en el campo de la reproducción, al igual que en muchos otros campos en que se brega con patrones de conducta humana, resulta imposible establecer una clara y bien definida línea de demarcación que nos permita separar sin riesgo a equivocaciones las motivaciones altruistas de las egoístas, tenemos que convenir que el asunto de decidir el tamaño de una familia debe ser en última instancia responsabilidad de los individuos en quienes radican tanto la autoridad legal como el poder biológico para levantarla así como el deber de sostenerla. El problema de sus motivaciones al decidir una cosa u otra debe quedar claramente reconocido como un problema íntimo de sus respectivas conciencias. No obstante todo buen gobierno debe exigir con firmeza el cumplimiento de los deberes y responsabilidades que claramente emanan de la función progenitora entre seres humanos civilizados.

Sin temor a equivocaciones podemos decir que es casi unánime y sincero el sentir de todas las personas conscientes y responsables de nuestra sociedad respecto al hecho de que el tamaño de toda familia debe estar subordinado a las facilidades y recursos de que ella disponga para una adecuada atención de sus miembros dentro de normas de bienestar a tono con las crecientes exigencias impuestas por nuestra civilización, si es que realmente nos sentimos lo suficientemente complacidos de sus logros como para continuar impulsando su desarrollo evolutivo futuro. El conflicto surge cuando se pasa a discutir los medios que deben usarse para lograr este objetivo.

Aunque todos los sectores importantes de nuestra sociedad, con sobradísima razón, condenan el que una vez normalmente engendrado un ser humano se impida su natural desarrollo intrauterino y su eventual nacimiento mediante el aborto no terapéutico, esta unanimidad de criterio no existe respecto a la mejor manera de evitar la concepción cuando ello sea menester por razones de legítimo bienestar familiar. Debemos respetar la posición asumida por cada uno de los sectores de opinión de nuestra sociedad que en una u otra ocasión se han expresado sobre este asunto. Más opinamos que por motivo de esta controversia nuestro pueblo no debe quedar huérfano de una ayuda y orientación tan necesarias. Más aún, como la controversia tiene su origen en la heterogeneidad de las creencias religiosas de nuestro pueblo, que necesariamente resulta de haber éste escogido constituirse en una sociedad democrática que se precia de serlo y que reconoce la libertad de culto, debemos evitar que se violen tan flagrantemente los deberes y derechos que precisa y necesariamente emanan de tal decisión de convivencia

democrática permitiendo que la opinión de algunos de los miembros de alguno de sus sectores religiosos, no importa cuán numeroso sea, se convierta en norma para la imposición a todos los individuos integrantes de esa sociedad de patrones de conducta familiar completamente dogmáticos y rechazados por otros sectores religiosos que comparten en ella la responsabilidad de ofrecer orientación moral y espiritual al pueblo.

Semejante incongruencia de una sociedad que se precia de democrática solo puede explicarse en términos parecidos a los ya descritos respecto a los que buscan tranquilidad para sus perturbadas conciencias al amparo de una ostentosa y falsa religiosidad.

La Asociación Puertorriqueña Pro Bienestar de la Familia viene a corregir en gran parte esta lamentable falla entre las muchas más que aún impiden la más cabal realización de las aspiraciones de vida democrática de nuestro pueblo y a reparar, hasta donde le es posible hacerlo con los escasos recursos a su disposición, el temor de nuestro gobierno o su falta de interés para subsanarla y así poder impulsar mejor nuestro afán de desarrollar plenamente tan deseable tipo de convivencia humana. La Asociación cumple esta misión proporcionando a todos los individuos que la solicitan, sin distinción de raza, credo o posición económica y social, la ayuda necesaria para planificar el tamaño de sus respectivas familias como mejor convenga a su bienestar. Esta ayuda y orientación han sido clamadas infuctuosamente por nuestro pueblo por largo tiempo, como han demostrado repetidamente todos los estudios al efecto hasta ahora realizados,

ya que éste, en su inmensa mayoría, y por falta de los recursos económicos necesarios para ello, se encuentra imposibilitado de comprarla, de su propio peculio, en las fuentes privadas que siempre han estado tan accesibles y tan dispuestas a servir a nuestras clases privilegiadas que tan plena y eficazmente han sabido aprovecharlas.

Por eso es que admiro y creo tan firmemente en la labor que realiza la Asociación Puertorriqueña Pro-Bienestar de la Familia. La aportación que al ejercicio de la democracia en nuestra Isla hace esta asociación reside principalmente en su reconocimiento pleno, tanto del derecho inalienable de toda familia a decidir su tamaño mediante una adecuada y sabia planificación de los nacimientos, como de la heterogeneidad religiosa de nuestro pueblo. Su actitud, por lo tanto ha sido siempre de profundo respeto hacia las diversas creencias y convicciones de orden moral o religioso representadas por los numerosos individuos que acuden a ella en solicitud de esta ayuda. Semejante actitud liberal, democrática y cristiana ayuda a evitar en ellos los conflictos emocionales y de conciencia que siempre surgen de la imposición de normas de conducta reñidas con los patrones generados por esas convicciones o creencias, al tratar de atender en nuestra ciudadanía a las necesidades más apremiantes de nuestra vida contemporánea. Esta enaltecedora actitud contrasta lamentablemente con la conducta de nuestros más vociferantes y activos predicadores de tan bellas doctrinas de convivencia humana.

En nuestra opinión, esta acción además de hacer honor a los más puros ideales de conducta humana encarnados por una filosofía de vida verdaderamente cristiana y democrática implica el reconocimiento de un derecho en el plano familiar, que por más que se pretenda, jamás podrá arrebatarle a los individuos. Este reconocimiento resulta esencial para poder desarrollar en ellos una mejor comprensión de sus deberes y una mayor sabiduría en el ejercicio de sus derechos en el campo más amplio de lo colectivo o social.

Pero la Asociación va aún más lejos. Consciente de un aspecto de los problemas poblacionales frecuentemente ignorado en áreas sobrepobladadas, ayuda a los hogares que no han conseguido su felicidad por no haber logrado la dicha de procrear hijos, a resolver su situación, investigando hasta donde los conocimientos actuales de la ciencia y los recursos a su disposición le permiten, la causa de esa esterilidad para tratar de corregirla y así llevarles la felicidad ansiada. Señores, así es como se fomenta la verdadera democracia! Y así es señores, como a fin de cuentas se fomenta también un modo de vida genuinamente cristiano!

JOSE L. JANER

24 de octubre de 1957, Río Piedras, Puerto Rico

EIPS